



# Prometeo Encadenado

Esquilo



## PERSONAJES

CORO DE LAS OCEÁNIDAS  
EL PODER,  
LA FUERZA  
HEFESTOS  
PROMETEO  
OCÉANO  
IO  
HERMES

*(La escena representa la cumbre de un monte. Aparecen LA FUERZA y EL PODER conduciendo el cuerpo de PROMETEO. HEFESTOS les sigue cojeando, provisto de sus instrumentos de herrero.)*

EL PODER:

-Estamos ya en el último confín de la Tierra, en el camino del país escita, en la soledad nunca hollada. Hefestos, ha llegado la hora de que cumplas lo que el padre te ordenó y ates a ese forajido con cadenas de hierro irrompible en la cima de estos abruptos peñascos. Hurtó tu preciado don, el brillante fuego, padre de todas las artes, y lo entregó a los mortales. Justo es, pues, que pague a los dioses la pena merecida. Tal vez así aprenda a resignarse a la dominación de Zeus y a cesar en su oficio de favorecedor de los hombres

HEFESTOS:

-Poder y Fuerza, cumplida está por vuestra parte la misión que Zeus os encomendó y nada os retiene ya aquí. En cuanto a mí, siento que me falten las fuerzas para encadenar contra su voluntad a un dios, y a un dios de mi propia sangre, en esta cima azotada por las tempestades. No obstante, es preciso que encuentre el valor para hacerlo, pues el desobedecer las órdenes del padre acarrea siempre graves males. (*A PROMETEO.*) Hijo de la consejera Temis, que nutres siempre en tu alma tan osados pensamientos, fuerza es que, a pesar mío y tuyo, te sujete a esta roca desolada por medio de insolubles lazos de hierro. No llegará ya a ti ni voz ni rostro humanos, sino que, abrasado por los ardientes rayos del Sol, verás destruirse tu piel y cambiar de color; con alegría mirarás a la noche ocultar la luz, bajo su manto estrellado, y con alegría también verás al Sol, a su vez, secar el rocío de la Aurora; pero el dolor de tus desdichas no cesará de atormentarte un momento, porque aquel que te ha de liberar no ha venido todavía. ¡He aquí lo que has conseguido con tu afición a favorecer a los hombres! Dios a quien no asusta la cólera divina, librando a los mortales, lo que era un honor entre nosotros, has pasado los límites de lo permitido. En castigo por ello permanecerás desde ahora sobre esta roca, en guardia dolorosa, siempre de pie,

sin dormir ni doblar las rodillas. En vano lanzarás entonces incesantemente tus gemidos, en vano clamarás: el corazón de Zeus es inflexible, pues nunca señor nuevo se mostró inclinado a la piedad.

EL PODER:

-¡Vamos ya! ¿Por qué te detienes y te lamentas en vano? ¿No abominas de un dios, maldito de los dioses, que ha osado entregar a los hombres lo que constituía tu privilegio?

HEFESTOS:

-¡Son tan fuertes los lazos de la sangre cuando se junta a ellos el trato!

EL PODER:

-Bien. Pero ¿es posible desobedecer la orden del padre, y sería ello menos terrible para ti?

HEFESTOS:

-En ti el cinismo corrió siempre a parejas con la crueldad.

EL PODER:

-Con lamentarte por su desgracia no has de mejorar su suerte; mejor es, pues, que no te fatigues en balde.

HEFESTOS:

-¡Oh, oficio mil veces maldito!

EL PODER:

-¿Por qué maldecir de tu oficio? Nada tiene que ver él con su desgracia.

HEFESTOS:

-Pluguiera al Cielo, a pesar de todo, que hubiese tocado a otro en suerte.

EL PODER:

-Todas las atribuciones quedaron ya establecidas, excepto para el rey de los dioses; sólo Zeus es libre.

HEFESTOS:

-Cierto que es así y nada puedo objetar a lo que dices.

EL PODER:

-Apresúrate, pues, a sujetarle con cadenas; que el padre no te vea inactivo.

HEFESTOS:

-Tengo ya las esposas en mi mano.

EL PODER:

-Rodea, pues, con ellas sus brazos; golpea luego con el martillo con toda tu fuerza y clávale en la roca.

HEFESTOS:

-La obra está terminada, y sin falla alguna.

EL PODER:

-Golpea más fuerte, aprieta, haz que no pueda moverse, pues es tanta su destreza, que encuentra salida hasta en lo imposible.

HEFESTOS:

-Ya está; este brazo no lo desatará, por más que se esfuerce.

EL PODER:

-Ahora este otro; encadénale sólidamente. Que sepa que su malicia no es nada comparada con la de Zeus.

HEFESTOS:

-Nadie, con razón, podría quejarse de mi obra sino él.

EL PODER:

-Y ahora no vaciles: húnделе con fuerza en medio del pecho el duro diente de esta cuña de hierro.

HEFESTOS:

-¡Ah, Prometeo! ¡Cómo en mi alma gimo por tus males!

EL PODER:

-¡Todavía vacilas y gimes ante el enemigo de Zeus! ¡Cuida de que no te toque un día gemir por ti mismo!

HEFESTOS:

-Estoy viendo lo que ningún ojo debía haber visto jamás.

EL PODER:

-Estoy viendo a uno que paga la pena que merece. ¡Ea, pásale la férrea cadena en torno de la cintura!

HEFESTOS:

-Fuerza es que lo haga; no me des más órdenes.

EL PODER:

-Quiero dártelas, quiero que te apresures. Desciende ahora y átale los pies.

HEFESTOS:

-Hecho está, y con rapidez.

EL PODER:

-Ahora, golpea con todas tus fuerzas y que los grillos se hundan en la carne. Duro es el que ha de vigilar esta tarea.

HEFESTOS:

-Como tu rostro, así son tus palabras.

EL PODER:

-Sé blando cuanto quieras, pero no me reproches que mi naturaleza sea obstinada y dura.

HEFESTOS:

-Partamos ya; ha quedado sujeto por todos los miembros.

EL PODER:

-Ahora muestra aquí a tu gusto tu insolencia, y roba a los dioses sus privilegios para librarlos a los efímeros. ¿Qué podrán los mortales para aliviar tus penas? En verdad que yerran los dioses en llamarte Prometeo; un Prometeo necesitarías tú para deshacerte de estos hábiles nudos. *(Salen los dos. Un largo silencio.)*

PROMETEO:

-¡Eter divino, vientos de rápidas alas, aguas de los ríos, sonrisa innombrable de las olas marinas! Tierra, madre común, y tú, Sol, ojo al que nada se oculta, yo os invoco en este lugar: ved lo que un dios se ve obligado a sufrir por obra de los dioses.

«Contemplad el oprobio con que se me aflige y que habré de padecer durante días incontables. ¡Estos son los lazos de infamia que ha imaginado para mí el nuevo señor de los bienaventurados! ¡Ay de mí, ay!, que lloro por los males presentes y por los que me esperan. ¿Después de qué pruebas brillará para mí el día de la liberación?

«Mas ¿qué digo? ¿Acaso no sé ya de antemano todo lo que me

espera? Ningún infortunio me vendrá que no haya previsto. Es preciso aceptar nuestra suerte con ánimo sereno y comprender que no puede lucharse contra la fuerza del Destino. Y, no obstante, ni puedo hablar de mis desdichas ni puedo callarlas. Grande es mi desventura, pues por haber favorecido a los mortales gimo ahora abrumado bajo este suplicio. Un día, en el hueco de una caña, me llevé mi botín, la chispa madre del fuego, robada por mí, y que se ha revelado entre los hombres como el maestro de todas las artes, un tesoro de inestimable valor. Esta ha sido mi culpa y por esto me veo castigado así, clavado en esta roca bajo la inclemencia del Cielo.

«¡Ah! ¡Ah!, ¿qué rumor, qué aroma divino ha llegado hasta aquí? ¿Procede de un dios o de un hombre, o de uno que participa de ambos? ¿Vendrá acaso hasta esta roca, límite del mundo, a contemplar mis sufrimientos, o a qué vendrá? ¡Ah! Mirad a un dios encadenado y sujeto a todas las miserias. Soy el enemigo de Zeus, el que se ha atraído el odio de cuantos frecuentan su mansión, por haber amado demasiado a los hombres.

«¡Ah! ¡Ah! ¿Qué rumor de aves oigo cerca de mí? Un suave batir de alas hace vibrar la brisa. Todo lo que se acerca me produce espanto.

*(Un carro alado aparece en la cumbre más próxima a aquella en que está sujeto Prometeo. En él vienen las OCEÁNIDAS.)*

EL CORO:

-Nada temas: amiga es la bandada, cuyas alas en rápido batir han traído a esta cumbre. Con gran trabajo lograron mis palabras vencer la oposición del padre, y las auras veloces me han traído. El recio y terrible resonar del hierro, penetrando hasta el fondo de mi ser, desterró de mí la vergüenza de tímida mirada, y, descalza, levanté el vuelo en este carro alado.

PROMETEO:

-¡Ay, ay! Raza de la fecunda Tetis, hijas del Océano, cuyo curso infatigable gira en torno de la vasta Tierra, miradme, contemplad las cadenas que me tienen clavado en el borde de este abrupto precipicio, en una guardia que nadie podría envidiar.

EL CORO:

-Viéndote estoy, Prometeo, y una nube temerosa y cargada de lágrimas siento que empaña mis ojos cuando contemplo sobre esta roca tu cuerpo que se consume en la ignominia de estos férreos lazos. Nuevos dueños rigen el timón del Olimpo. En nombre de nuevas leyes, Zeus ejerce un poder, sin límites, y los que eran poderosos ayer se ven hoy derribados.

PROMETEO:

-¡Ah! Ojalá me hubiese precipitado en lo profundo de la Tierra, más abajo del acogedor de los muertos, en el impenetrable Tártaro, sujetándome sin piedad con indestructibles cadenas, para que ningún dios ni ningún otro ser pudiera gozar con mis males; mientras que ahora, desdichado de mí, juguete de los vientos, estoy sufriendo para regocijo de mis enemigos.

EL CORO:

-¿Qué dios tendría el corazón tan duro para encontrar aquí alegría? ¿Quién no se sentiría como nosotras, lleno de indignación ante tus males, fuera de Zeus? Él, cuya alma es insensible, oprime con su fiera condición a la raza de Urano, y no cejará hasta haber apaciguado su encono, o hasta que un golpe inesperado le arrebatase ese poder tan difícil de conquistar.

PROMETEO:

-Escuchad ahora lo que os quiero decir: por más ultrajado que me vea entre estas terribles cadenas, llegará un día en que el señor de los bienaventurados tendrá necesidad de mí si quiere saber el

nuevo designio que ha de despojarle de su cetro y de sus honores. Entonces, os lo juro, ni los sortilegios de las palabras más persuasivas tendrán poder para vencerme, ni el terror de las más espantosas amenazas me doblegará. No he de revelarles el secreto, como antes no me haya librado de estos ásperos hierros y consienta en pagar la pena de este ultraje.

EL CORO:

-Osado es tu ánimo, en verdad, pues, lejos de ceder a tan duro destino, hablas aún con tan poca prudencia. Por mi parte, temo por tu suerte, y una angustia penetrante invade mi pecho. ¿Cómo podrás contemplar, al fin, el término de tus desdichas? Inflexible es el alma del hijo de Cronos, inmovible su corazón.

PROMETEO:

-No ignoro que es áspero y que hace de su capricho ley. No obstante, llegará el día en que se ablande, cuando se vea herido por el golpe de que te hablé. Entonces, dando al olvido su inflexible cólera, correrá con su impaciencia y solicitará mi ayuda y mi amistad.

EL CORO:

- Descúbrelo, pues, todo y contéstame en primer lugar a esta pregunta. ¿Qué agravio tuvo Zeus contra ti para apoderarse de tu persona e infligirte tan cruel e ignominioso castigo? Dímelo, si el hacerlo no ha de causar a tu alma excesivo dolor.

PROMETEO:

-Doloroso es para mí hablar; pero el callar me es también doloroso. Que calle o que hable, sólo hay para mí dolor. Desde el día en que el odio se alojó en el corazón de los dioses y la discordia se levantó entre ellos, unos querían derribar a Cronos de su trono para que mandase desde entonces Zeus; otros, por el contrario, luchaban

para que Zeus no reinase nunca entre los dioses. Yo me adelanté entonces, e intenté con prudentes consejos persuadir a los Titanes, hijos de Urano y de la Tierra. Con desprecio de la cautela y la maña que yo les proponía, creyeron en su insensata presunción que les bastaba con la fuerza para conseguir su propósito. Pero ya más de una vez, mi madre Temis, o Gea, un mismo ser con mil nombres distintos, me había predicho lo que había de suceder: esto es, que la victoria no se conseguiría por la fuerza y la violencia, sino por la astucia. Me esforcé por todos los medios en persuadirlos, pero no se dignaron ni siquiera a mirarme. Parecióme entonces que lo mejor que podía hacer era unirme con mi madre y ofrecer mis servicios a Zeus, que acogía gustoso a cuantos se le presentaban. Y si el profundo y negro abismo del Tártaro encierra hoy a Cronos y a sus aliados, es gracias a la ayuda que yo le presté. Tal servicio rendí al tirano de los dioses y esta es la cruel recompensa que he recibido; que es, sin duda, achaque de la tiranía el desconfiar de los amigos. En cuanto al objeto de vuestra pregunta, al agravio que pueda tener conmigo para inferirme este ultraje, os lo diré. Apenas se había sentado en el trono paternal, repartió sin tardanza los honores entre los diversos dioses y empezó a ordenar las jerarquías en su imperio. Pero en ningún momento se le ocurrió pensar en los míseros mortales. Quería, por el contrario, aniquilarlos y crear una nueva raza. Sólo yo me opuse a este proyecto; sólo yo me atreví; yo libeté a los hombres y evité que se vieran precipitados y destruidos en el Hades. Por esta causa gimo hoy bajo el peso de tales tormentos, dolorosos de sufrir y cuya vista despierta la piedad. Por haberme compadecido de los mortales, me veo yo tratado sin compasión, sometido a un castigo implacable. ¡Espectáculo vergonzoso para Zeus!

EL CORO:

-De hierro o de roca tendría el corazón, oh Prometeo, aquel a

quien no indignaran tus males. ¡Ojalá no hubiese contemplado yo tan triste espectáculo, pues su vista me conmueve hasta lo más profundo!

PROMETEO:

-Lastimoso espectáculo soy, en verdad, para mis amigos.

EL CORO:

-¿Y no llegaste aún más adelante en tus propósitos?

PROMETEO:

-Sí: libeté a los hombres de la obsesión de la muerte.

EL CORO:

-¿Qué remedio has descubierto, pues, para este mal?

PROMETEO:

-He hecho nacer entre ellos la ciega esperanza.

EL CORO:

-Poderoso consuelo diste en tal día a los mortales.

PROMETEO:

-Todavía les otorgué un don mayor: les hice presente del fuego.

EL CORO:

-¿Y el brillante fuego está ahora en manos de los efímeros?

PROMETEO:

-Y por él aprenderán un gran número de artes.

EL CORO:

-¡Y por estas culpas te inflige Zeus...!

PROMETEO:

-Por estas culpas me inflige este oprobio, y no da tregua a mis sufrimientos.

EL CORO:

-¿Y no ha puesto término a tu suplicio?

PROMETEO:

-Terminará sólo cuando plazca a su férrea voluntad.

EL CORO:

-¿Y cuándo será ello? ¿Cómo lo puedes esperar? ¿No comprendes que sufriste un error? En dónde estuvo el error no me sería grato el decírtelo, y a ti te sería penoso el oírlo. No pensemos, pues, en esto y mira la manera como puedes librarte de este suplicio.

PROMETEO:

-¡Fácil le es al que tiene el pie libre de miserias aconsejar, amonestar al desgraciado! Pero todo cuanto me sucede lo sabía yo. Si erré fue voluntad mía, mía y de nadie más. Al socorrer a los mortales sabía yo que me atraía sufrimientos. Nunca pude, sin embargo, imaginar que tales torturas me habrían de consumir para siempre sobre estas cimas rocosas y que habría de servirme de morada esta peña desierta y solitaria. Pero no lloréis por mis dolores presentes; echad pie a tierra y escuchad hasta el fin los males que me toca aún padecer. Atended mi ruego y compadeceos del que ahora está en sufrimiento. El infortunio es ciego, y en su carrera, errante, hoy se abate sobre el uno, mañana sobre otro.

EL CORO:

-No será vana tu súplica, oh Prometeo, pues estamos prontas a obedecerte. Con pie ligero abandono ahora este carro rápido y el éter, ruta sagrada de las aves, y descendiendo a esta áspera tierra, pues quiero saber hasta el fin tus desventuras. *(Mientras las*

*OCEÁNIDAS* *descienden, aparece el carro de OCEÁNO arrastrado por un grifo.)*

OCEÁNO:

-Llego hasta ti, Prometeo, a través de una larga jornada, conducido por esta ave de rápidas alas a la que rijo con mi voluntad sin freno alguno. De tus males, quiero que lo sepas, me compadezco. Es posible que la sangre me obligue a ello, quiero creerlo así, pero, aparte el parentesco, no hay nadie por quien sienta mayor afecto en mi corazón. Presto reconocerás que digo la verdad y que no hay en mis palabras sombra de lisonja o de adulación. Ea, indícame ya lo puedo hacer por ti. Nunca podrás decir que tienes amigo más firme que OCEÁNO.

PROMETEO:

-¿Cómo? ¿También tú vienes a presenciar mi suplicio? ¿Cómo has osado abandonar el río de tu nombre, y tus frutos de techos rocosos abiertos por la Naturaleza, para venir a la región madre del hierro? ¿Vendrás, por ventura, para contemplar la triste suerte que se me ha deparado, e indignarte conmigo por mis desdichas? Contempla, pues, este espectáculo. Ve cómo Zeus, al que ayudé a establecer su tiranía, me hace gemir abrumado por terribles males.

OCEÁNO:

-Viéndolo estoy, Prometeo, y, por más avisado que seas, quiero darte el único consejo que conviene a tu fortuna. Conócete a ti mismo, y, sometiéndote a los hados, cambia tu conducta, pues que un nuevo soberano reina entre los dioses. Si continuas lanzando como hasta ahora palabras duras e insultantes, pudiera ser que llegaran a oídos de Zeus, a pesar de estar su trono tan alto y lejano, y que los males de que ahora te quejas te parecieran entonces juego de niños. Deja tu cólera, oh desgraciado, y procura librarte de tus miserias. Acaso te parezca que mis palabras nacen de falta de ánimo. Pero no por eso es menos verdad que, si te ves



en ese estado, es por culpa de tu lenguaje altanero. Y, a pesar de todo, no has aprendido aún a ser humilde, no sabes ceder los males, y a tus sufrimientos presentes quieres añadir otros nuevos. Si escuchas mis consejos, no darás ya coces contra el aguijón. No olvides que se trata de un monarca duro y que a nadie ha de dar cuenta de sus obras. Ahora parto, y mientras intentaré, si puedo, liberarte de tus penas; sosiega tu ánimo y no dejes llevarte a la violencia y a proferir palabras ofensivas. ¿Ignoras acaso, tú, cuya discreción reconocen todos, que la lengua imprudente se atrae infaliblemente el castigo?

PROMETEO:

-Te envidio, a fe, de que te encuentres libre de causa, después de haber tomado tanta parte como yo en mis empresas. Abandona, pues, tu propósito y no pienses más en ello. Por más que intentes no le persuadirás, pues es inaccesible a la persuasión. Cuida más bien de que no te atraigas algún mal con ese paso.

OCEÁNO:

-Mejor consejero eres de los otros que de ti mismo; de los hechos juzgo, no de las palabras. Quiero ir allá; no intentes retenerme. Quiero a toda costa conseguir de Zeus que te libre de tus males.

PROMETEO:

-Te lo agradezco y nunca olvidaré tan gran favor; tu celo no desfallece nunca. Pero no te molestes. Todos tus esfuerzos de nada habrían de servir, si es que estaba en tu intención hacer esfuerzo alguno. Sosiégate y no te ocupes en este asunto. No quisiera por nada del mundo que, porque yo me vea en la desgracia, hubiera de ver afligidos a muchos otros. No, basta ya con que sufra yo la suerte de mi hermano Atlas, que en pie, en el Poniente, sostiene sobre sus hombros la columna que une a la Tierra y al Cielo, pesada carga para los brazos que han de sostenerla. También mi corazón se llenó de piedad cuando vi al hijo de la Tierra,

habitante un día de las cavernas sicilianas, monstruo terrible de cien cabezas, al impetuoso Tifón, domeñado por la fuerza. Se había levantado contra todos los dioses, silbando el terror por sus horrendas fauces; espantosos fulgores brotaban como rayos de sus ojos y proclamaban su designio de aniquilar el poder de Zeus por la violencia. Cayó sobre él el dardo vigilante de Zeus, el rayo que desciende en un soplo de fuego, y le derribó de lo alto de su vana arrogancia. Herido en las mismas entrañas, vio su fuerza convertida en polvo, destruida por el trueno. Y ahora su cuerpo inútil yace inmóvil en la proximidad de un estrecho marino, aprisionado bajo las raíces del Etna, mientras Hefestos, instalado en las cimas, golpea el hierro candente. De allí brotarán un día torrentes de fuego, que devorarán con dientes feroces los sembrados de los opimos llanos de Sicilia; ¡tan poderosa será la cólera hirviente que, en los torbellinos de una indomable tempestad de fuego, exhalará todavía Tifón, carbonizado por el rayo de Zeus! Pero a ti no te falta experiencia ni necesitas de mis consejos. ¡Ponte en salvo como sabes hacerlo! En cuanto a mí, estoy resuelto a guardar hasta el fin el destino que se me ha deparado, hasta el día en que el corazón de Zeus se sienta flaquear en su cólera.

OCEÁNO:

-¿No sabes, acaso, oh Prometeo, que para la enfermedad del odio existe la medicina de las palabras?

PROMETEO:

-Así es, con tal que sepa escogerse el momento en que es posible ablandar el corazón, pero no cuando se quiere extirpar por la fuerza una pasión envenenada hasta el último extremo.

OCEÁNO:

-Pero, dime: ¿a un celo temerario ves unido tú el castigo?

PROMETEO:

-La vergüenza de un esfuerzo inútil y de una estúpida simplicidad.

OCEÁNO:

-Déjame, pues, que enferme de ese mal; ser loco por exceso de bondad es una noble locura.

PROMETEO:

-Esto podrá decirse de mí, en todo caso.

OCEÁNO:

-Con esto me dices que me vaya.

PROMETEO:

-Lo hago por tí, pues temo que con tus lágrimas hayas de enemistarte con alguien.

OCEÁNO:

-¿Será tal vez con aquel que acaba de sentarse en el trono omnipotente?

PROMETEO:

-El mismo; guárdate de imitar su corazón.

OCEÁNO:

-Mucho enseña tu desgracia, oh Prometeo.

PROMETEO:

-Vete, créeme, aléjate de aquí y manténte siempre como hasta ahora.

OCEÁNO:

-Partía ya; no hacía falta tu consejo. Ya mi cuádruple ave bate suavemente con sus alas el liso camino del éter. ¡Con qué gozo doblará las rodillas en el establo familiar! (*OCEÁNO se aleja en su carro. Un silencio. Luego las OCEÁNIDAS, agrupadas en la exigua superficie de una peña, empiezan a cantar.*)

EL CORO:

-Oh Prometeo, gimo sobre el destino que te abruma con tales desgracias; y las lágrimas que brotan de mis ojos, llenos de piedad, inundan mis mejillas como vivas fuentes. He aquí, pues, de qué triste manera, erigiendo su capricho en ley, hace sentir Zeus su soberbio poder a los dioses de antaño. De toda esta región se eleva ya un clamor angustioso. Los pueblos gimen sobre la grandeza y el antiguo prestigio arrebatados a la divinidad de Prometeo y de sus hermanos, y de todos los que viven en la tierra vecina de la Santa Asia; no obstante su condición mortal, se duelen contigo por tus lamentables miserias. Con ellos gimen también las vírgenes de Cólquida, intrépidas en la pelea, y las hordas de Escitia, que habitan el confín del mundo, alrededor de la laguna Meotis. Lloran también la flor de los guerreros de Arabia, los que viven ocultos en las rocas escarpadas que forman su ciudad, en las estribaciones del Cáucaso, tribus belicosas, cuya lanzas de acero estremece un viento de furor.

«Las ondas marinas chocan con sordo rumor; gime el abismo; las negras entrañas del Hades contestan con ronco bramido y las ondas de los ríos de sagradas linfas lanzan su queja desolada. (*Un largo silencio.*)

PROMETEO:

-No creáis que mi silencio nace de debilidad o de orgullo; pero una idea me destroza el alma, viéndome ultrajado de esta suerte, porque ¿quién sino yo aseguró a esos dioses nuevos sus prerrogativas? Pero sobre este punto no diré más, pues sabéis

muy bien lo que podría decir. Escuchad, en cambio, las miserias de los mortales, y la manera como, de niños que eran, he hecho de ellos seres inteligentes, dotados de razón. Si lo refiero aquí, no es para denigrar a los humanos, sino para mostraros los beneficios que recibieron con mis dones. En el principio ellos veían sin ver, escuchaban sin oír, y semejantes a las imágenes de los sueños, vivían su larga existencia en el desorden y la confusión. Nada sabían de las viviendas construidas con ladrillos endurecidos al sol; no sabían labrar la madera, y vivían bajo tierra, como las ágiles hormigas, en lo más escondido de cavernas donde no penetraba la luz. No había para ellos señal segura ni del invierno ni de la florida primavera ni del fértil verano; todo lo hacían por instinto, hasta el día en que les instruí en la difícil ciencia de las salidas y los ocasos de los astros. Siguió después la de los números, la más importante de las ciencias que para ellos inventé, así como la composición de las letras, memoria de todas las cosas, madre de las Musas. También fui el primero que uní al yugo a los animales salvajes y los sujeté al arnés o al jinete, para que supliesen al hombre en los más rudos trabajos, y uní al carro los caballos dóciles al freno, ornamento de la vana opulencia. Nadie sino yo inventó los vehículos de alas de lino, en los cuales surca el marino los mares. ¡Y el desventurado que tantas cosas supo inventar para los mortales, no sabe hoy descubrir el secreto que le libere de sus miserias presentes!

EL CORO:

-Una oprobiosa desventura se ha abatido sobre ti; bajo el peso del sufrimiento tu razón se extravía, y, semejante al mal médico caído enfermo a su vez, se apodera de ti el desánimo y no aciertas a encontrar por ti mismo el remedio que habría de curarte.

PROMETEO:

-Presta atención hasta el fin y admírate aún oyendo los recursos y

habilidades, las artes que imaginé, y la más importante de todas: la medicina. Los hombres enfermaban y no había remedio ni manjar ni poción ni bálsamo, y así iban pereciendo, hasta el día en que les instruí en la mezcla de los saludables bálsamos, remedio de las enfermedades. Establecí también para ellos las mil formas del arte adivinatorio; fui el primero en distinguir los sueños verdaderos de los falsos, y les di a conocer los sonidos llenos de oscuros presagios y los encuentros del camino. Determiné asimismo sin lugar a dudas las señales del vuelo de las aves rapaces; las que son favorables, y las adversas; las costumbres de cada una, los odios que las separan y los afectos que las unen; por qué se juntan en la misma rama; también la limpidez de las vísceras, el color que deben tener para ser gratas a los dioses, los diversos aspectos propicios de las vesículas biliar y del hígado. Yo hice quemar los muslos envueltos en grasas, y las anchas espaldas, a fin de instruir a los mortales en el obscuro arte de los presagios, y les hice leer con claridad en los signos de la llama, rodeados hasta entonces de sombras. Todo esto hice yo. Y hasta los tesoros que la Tierra oculta a los humanos, el bronce, el hierro y la plata, ¿quién sino yo se lo descubrió? Nadie, lo sé bien, a menos que alguno quiera abandonarse a una torpe jactancia. En una palabra, y resumiéndolo todo: todas las artes de que gozan los mortales son obra de Prometeo.

EL CORO:

-No por favorecer a los hombres más de lo conveniente descuides tu propia desgracia. Yo alimento aún en mi pecho la segura esperanza de que un día, liberado de estas cadenas, puedas tratar con Zeus de igual a igual.

PROMETEO:

-No; para esto, la hora señalada por la Parca, que lo consume todo, no ha llegado aún. Sólo después de haber padecido todas

las torturas, todas las calamidades, podré evadirme de estos lazos.  
De poco sirve la industria ante la fuerza de la necesidad.

EL CORO:

-¿Y quién gobierna, pues, a la necesidad?

PROMETEO:

-Las tres Parcas y las Erinias, de implacable memoria.

EL CORO:

-¿Supera acaso su poder al de Zeus?

PROMETEO:

-Ni él podría esquivar su destino.

EL CORO:

-¿Y cual es el destino de Zeus sino el de reinar siempre?

PROMETEO:

-Sobre este punto no me interrogues más; no insistas.

EL CORO:

-Grave debe ser el secreto cuando así lo ocultas.

PROMETEO:

-Hablad de otra cosa; no ha llegado aún el tiempo de publicar este secreto. Es menester ocultarlo en las más espesas tinieblas. Sólo guardándolo podré escapar un día a estas cadenas y a estas torturas.

EL CORO:

-No, que nunca Zeus, el señor del mundo, se vea obligado a oponer su poder a mi voluntad; nunca ande yo remisa en invitar a los dioses a los sagrados festines de las hecatombes junto al curso

inagotable del Océano, mi padre; nunca le ofendan mis palabras y que en este propósito se mantenga firme mi alma, sin jamás desfallecer.

«Hermoso es vivir una larga existencia en confiada esperanza, mientras nutre el corazón una alegría sin sombras. Pero, cuando te contemplo aquí, víctima de tantos padecimientos, mi alma se estremece de horror. Sin temor a Zeus, a impulsos de tu indócil voluntad, te interesas en demasía por el hombre, oh Prometeo.

«Vamos, dime: ¿qué provecho has sacado de tus beneficios? ¿Qué apoyo, qué ayuda te prestan los efímeros? ¿No adviertes acaso su triste impotencia, semejante a la de los sueños, que traba los pies a la ciega raza de los hombres? Nunca la mortal voluntad podrá nada contra el orden establecido por Zeus.

«Esto he aprendido contemplando tus miserias, oh Prometeo. Y este canto ha traído a mi mente el recuerdo de otro muy distinto: el que cantaba antaño en tu himeneo, alrededor de un baño y tu lecho, en la alegría de tus bodas, aquel día en que, vencida por los presentes que le hiciste, Hesione, nuestra hermana, fue conducida por ti al tálamo nupcial. *(Entra Io. En su frente lleva dos cuernos de vaca.)*

IO:

-¿Qué país es esté?, ¿qué raza? ¿Quién diré que veo ante mis ojos, azotado por la tormenta, bajo un arnés de roca? Dime, ¿por qué delito te consumes aquí? Revélame a qué lado del mundo me han traído mis desventuras. *(De súbito, se estremece sobresaltada.)*

«¡Ah! ¡Otra vez el tábano, mísera de mí, me atormenta! Es el espectro de Argos, hijo de la Tierra. ¡Ay de mí! ¡Tierra, ahuyéntale! Tiemblo de espanto cuando veo al boyero de cien ojos. ¡Vedle aquí que se acerca con pérfida mirada! ¡Ni siquiera muerto le quiere ocultar la tierra: vuelve a salir de los infiernos para perseguirme, triste de mí, y errante y hambrienta, hacerme vagar por las arenas de las playas! *(Empieza a correr en todos sentidos, como perseguida por un invisible enemigo.)*

«Y a mi paso, la sonora caña encerada deja oír su adormecedora canción. ¡Ay, ay! ¿Adónde me lleva este vagar sin fin? ¿Qué falta, pues, has podido hallar en mí, oh hijo de Cronos, para someterme a tales torturas, oh dolor, y para consumir así a esta pobre enloquecida bajo el terror que la persigue en la figura de ese tábano? Abrásame con tu fuego, sepúltame bajo la tierra, dame como pasto a los monstruos marinos; no me rehúses, oh señor, lo que te pido. Harto me ha quebrantado ya este largo vagar sin rumbo, y no sé quién me ha de decir cómo podré librarme de mis males. ¡Prestad oído a los lamentos de la virgen de cuernos de vaca!

PROMETEO:

-¿Cómo no escuchar a la doncella que se agita bajo el vuelo del tábano, a la hija de Inaco, que poco ha inflamó en amor el corazón de Zeus, y que hoy, perseguida por el odio de Hera, se ve obligada a estas largas carreras que la destrozan?

IO:

-¿De dónde sabes tú el nombre que ha salido de tus labios, el nombre de mi padre? Explícalo a esta infortunada. ¿Quién eres tú, desventurado, para saludar a esta desgraciada con palabras tan verdaderas, para nombrar con su nombre al azote que me ha enviado los dioses, y que, mísera de mí, me consume y me atormenta con su aguijón y me obliga a vagar como loca? Perseguida por el airado encono de Hera, hambrienta y sin aliento, llego aquí arrebatada por el ímpetu de mi carrera. ¿Quién habrá entre los más desgraciados que padezca males comparables a los míos? Pero dime ahora sin ambages qué tormentos me aguardan. ¿Hay algún remedio, alguna salida para mi mal? Muéstramelo, si lo sabes. Habla y hazlo saber a la triste virgen errante.

PROMETEO:

-Claramente te diré lo que deseas saber, sin envolverlo en oscuros

enigmas, con palabra franca, como debe hacerse entre amigos. Ante tus ojos tienes al que ha dado el fuego a los mortales, a Prometeo.

IO:

-¡Oh poderosa confortación, aparecida un día a los mortales, desventurado Prometeo. ¿Qué delito expías aquí?

PROMETEO:

-Poco ha terminé la lamentable relación de mis males y nada más quiero decir sobre ellos.

IO:

-¿No me concederás, pues, el favor que espero de ti?

PROMETEO:

-Dime lo que deseas; de mí podrás saberlo todo.

IO:

-¿Quién te ha encadenado a esa áspera roca?

PROMETEO:

-La voluntad de Zeus, pero el brazo de Hefestos.

IO:

-¿Por qué delito se te ha impuesto un castigo semejante?

PROMETEO:

-Con lo que te he dicho, sabes ya bastante.

IO:

-¡Es verdad! Revélame, al menos, cuándo veré el término de mi vagar errante, cuándo llegará la hora en que cese el sufrimiento

de esta desdicha.

PROMETEO:

-Ignorarlo es preferible para ti que saberlo.

IO:

-No me ocultes lo que tengo aún de padecer.

PROMETEO:

-No pretendo rehusarte tal merced.

IO:

-¿Qué tardas, pues, a decírmelo todo?

PROMETEO:

-No es por deseo de ocultártelo, sino por temor de causarte nuevas aflicciones.

IO:

-No te inquietes más por mí; prefiero saberlo.

PROMETEO:

-Ya que lo deseas, hablaré pues. Escucha.

EL CORO:

-No, todavía no; satisfáceme también a mí en lo que te pida. Sepamos antes en qué consiste su mal; que ella misma nos refiera la causa de su mísero vagar sin reposo. Luego que sepa ella de ti las pruebas por que ha de pasar todavía.

PROMETEO:

-A ti te toca, pues, Io, complacerles, tanto más cuanto que son las hermanas de tu padre. Grato es al alma llorar, gemir por nuestros

males, cuando ha de despertarse con ello la piedad del que nos escucha.

IO:

-No sé cómo podría negarme a lo que pedís; oiréis, pues, el exacto relato de todo. Y, no obstante, vacilo, avergonzada, antes de deciros siquiera el origen de la tormenta divina que, destruyendo mi forma primera, se ha abatido sobre mí. Visiones nocturnas visitaban sin tregua mi cámara virginal y me decían con dulces palabras: «¡Oh afortunada doncella!» ¿Por qué permaneces virgen por tanto tiempo, cuando podrías obtener el mejor de los esposos? Zeus arde de amor por ti, herido del dardo del deseo, y quiere contigo gozar de los dones de Cipris. No intentes, oh doncella, rechazar el lecho de Zeus. Parte, dirígete hacia Lerna y su fértil prado, a los establos de ovejas y bueyes de tu padre, y calma el deseo que ha encendido los ojos de Zeus». Con tales sueños se me incitaba una y otra noche, desventurada de mí, hasta el día en que osé revelar a mi padre las visiones que turbaban mi reposo. Entonces él despachó, uno tras otro, mensajes a Delfos y a Dodona con el encargo de interrogar al Cielo para saber qué debía hacer o decir que fuera grato a los dioses. Pero ellos regresaban trayendo sólo respuestas ambiguas, fórmulas oscuras y difíciles de interpretar. Llegó, por fin, de Inaco una respuesta clara y precisa; en ella se le ordenaba que me echase del hogar y de la patria, como animal consagrado a los dioses, libre de errar hasta los últimos confines de la tierra. De no hacerlo así, la mano de Zeus, por medio del ardiente rayo, aniquilaría a su raza. Obediente mi padre al oráculo de Loxias, me echó de su casa, cerrándome para siempre las puertas. Hízolo con gran pesar por su parte, con gran pesar por la mía; pero el freno de Zeus le obligó a obrar contra su deseo. Al punto se altera mi razón y se muda a la vez mi figura; brotan en mi frente los dos cuernos que veis, y picada por el tábano de agudo agujijón, de un salto, enloquecida, me lanzo hacia las aguas

dulces de Cernea y hacia la fuente de Lerna. Un pastor de bueyes, hijo de la Tierra, cuyo odio nadie puede calmar, me perseguía, sin apartar un momento de mí sus cien ojos. Una muerte imprevista le arrebató de súbito la vida, pero yo, aguijoneada por el tábano, continúo mi carrera bajo el azote divino, acosada de país en país. Ahora sabes ya el origen de mis males; si puedes indicarme qué dolores me faltan aún que sufrir, dímelos, y no intentes por piedad consolarme con palabras engañosas. No hay peste más aborrecible que la lengua que dice mentiras.

EL CORO:

-¡Oh, oh! ¡No prosigas; deténte! Nunca, ¡ay!, pude imaginar que tan terribles relatos habían de llegar a mis oídos. ¡Oh calamidades sin cuento, miserias y horrores y espantos, dolorosos de ver y dolorosos de sufrir; oh dardo de doble punta que traspasa y hielas mi alma! ¡Ay, Destino, Destino, cómo tiemblo y me estremezco contemplando la suerte de Io!

PROMETEO:

-Demasiado pronto te lamentas y te dejas invadir por el terror. Espera aún a saber el resto de sus males.

EL CORO:

-Habla; acaba de enterarla. Grato le es al enfermo saber de antemano lo que le falta todavía que sufrir.

PROMETEO:

-Lo que primero deseabais saber, que os refiriese por sí misma sus desdichas, lo habéis conseguido sin dificultad. Escuchad ahora lo que falta y qué males habrá aún de padecer por voluntad de Hera esta joven mortal. Y tú, sangre de Inaco, graba bien mis palabras en tu corazón si quieres conocer el término de tu carrera. Al partir de aquí, vuélvete ante todo hacia donde sale el Sol y

dirígete hacia los llanos que nunca conocieron cultivo, hasta que alcances las regiones de los escitas nómadas, que habitan en chozas de mimbre entretendido montadas sobre carros de sólidas ruedas, y llevan suspendido del hombro el arco que alcanza muy lejos. Evita su encuentro y, atravesando el país, dirígete a las marismas donde gime el mar. A mano izquierda moran los calibes que trabajan el hierro. Huye de ellos: son seres feroces, y no conocen la hospitalidad con los extraños. Llegarás después al río cuyo nombre no miente, el Hibriste. No lo franquees; ¡franquearlo no es, en verdad, fácil tarea! Desde allí parte derechamente hacia el Cáucaso, el monte más alto de la Tierra, de cuya frente exhala este río el furor de sus aguas. Tendrás que pasar las altas cumbres vecinas de los astros, para tomar el camino del Mediodía. Allí encontrarás a la hueste de las amazonas, enemigas del hombre, que un día fundarán a Temiscira, a orillas del Termodonte, cerca del lugar donde Salmidesia abre en el mar su horrible mandíbula, huésped ingrata de los navegantes, madrastra de los navíos. Ellas te enseñarán de buen grado el camino, y de este modo alcanzarás el istmo címerio, en la estrecha entrada de su lado. Todo tu valor te será necesario para franquear el estrecho meótico, pero tendrás que hacerlo, y la fama de tu paso vivirá eternamente entre los hombres, pues el estrecho llevará por ti el nombre de Bósforo. A partir de aquí, dejando la tierra de Europa, entrarás en el continente asiático. ¿No te parece, después de esto, que el soberano de los dioses muestra por todas partes una violencia igual? Ya veis cómo él, un dios, ha condenado a errar sin descanso a esa criatura mortal, con la que desea unirse. ¡Ah! ¡Cuán cruel pretendiente encontraste, oh doncella; pues lo que acabas de oír no es sino el principio de tus penas!

IO:

-¡Ay, ay, desventurada! ¡Ay de mí!

PROMETEO:

-De nuevo gimes y suspiras; ¿qué harás, pues, cuando sepas lo que te falta aún por sufrir?

EL CORO:

-¿Tienes acaso nuevas desgracias que anunciarle?

PROMETEO:

-Más que desgracias: todo un mar tempestuoso de desastres.

IO:

-¿Para qué, pues, he de vivir? ¿Qué espero a precipitarme desde la cumbre de esta áspera peña, ya que con ello me libraría de todos mis dolores? Preferible es morir de una vez que padecer lamentablemente todos los días de la vida.

PROMETEO: -Difícil te sería soportar mis dolores. El Destino no me permite a mí morir, y sólo la muerte podría librarme de mis males. Ningún término se ofrece a mi dolor, mientras Zeus no se vea derribado de su tiranía.

IO:

-¿Y es posible que Zeus se vea un día derribado?

PROMETEO:

-Grande sería, a lo que pienso, tu alegría, si tal acontecimiento se produjera.

IO:

-¿Cómo no habría de ser así, cuando por su culpa estoy sufriendo tantas miserias?

PROMETEO:

-Pues bien, sábelo: esto sucederá.

IO:

-¿Y quién será el que le despoje del tiránico cetro?

PROMETEO:

-El mismo con sus insensatas resoluciones.

IO:

-¿De qué manera? Dímelo, si no hay mal en ello.

PROMETEO:

-Hará una boda de la que habrá de arrepentirse un día.

IO:

-¿Se unirá con una diosa o con una mortal? Si puedes decírmelo, responde.

PROMETEO:

-¿Qué importa con quién? No está permitido el decirlo.

IO:

-¿Sería quizá derribado del trono por su esposa?

PROMETEO:

-Dándole un hijo más fuerte que su padre.

IO:

-¿Y no hallará un medio para evitar esta suerte?

PROMETEO:

-Ninguno, salvo que yo me vea libre de mis cadenas.

IO:

-¿Quién podría librarte de ellas contra la voluntad de Zeus?



PROMETEO:

-Uno de tus descendientes debe hacerlo.

IO:

-¿Qué has dicho? ¿Un descendiente mío te librará de tus males?

PROMETEO:

-Sí; pertenecerá a la tercera generación, después de los diez primeros.

IO:

-Difícil es de comprender ahora lo que pronosticas.

PROMETEO:

-No quieras conocer más todo el fondo de tus miserias.

IO:

-No me muestres un bien para negármelo enseguida.

PROMETEO:

-Te ofreceré dos secretos, para que escojas el que más te agrade.

IO:

-¿Qué secretos? Ponlos ante mis ojos y déjame escoger.

PROMETEO:

-Aquí van. Elige. ¿Quieres saber tus males hasta el fin, o bien prefieres conocer quién será mi libertador?

EL CORO:

-De estas mercedes, concédele una a ella y la otra a mí: no desoigas nuestras súplicas. Revélale a IO el término de sus males, y dime a mí quién será tu libertador, pues esto es lo que ansío.

PROMETEO:

-Si es vuestro ardiente deseo, no me niego a revelaros todo lo que me pedís. A ti, en primer lugar, IO, te diré las fatigas de tu vertiginosa carrera; grábalo en las tablas fieles de tu memoria. Cuando hayas traspuesto el río que señala el límite de los Continentes, marcha hacia Levante, donde llamean los pasos del Sol, atravesando el fragoroso mar, hasta que hayas alcanzado los campos gorgóneos de Cistene. Allí moran las Pórcidas, tres antiguas vírgenes, de cuerpo de cisne, con un solo ojo y un diente común, que nunca han conseguido una mirada del Sol fulgurante ni de la Luna de las noches. No lejos de ellas viven las Gorgonas, horror de los mortales, tres hermanas aladas, de cabellera de serpientes, cuya vista ocasiona al punto la muerte. Esto habrás de tener presente en primer lugar. Pero quiero también ponerte en guardia ante otros peligros que te asaltarán: los perros de Zeus, de pico agudo; los grifos, que no saben ladrar; guárdate de ellos y guárdate también de los Arimaspos, de ojo único, siempre dispuestos al combate, que habitan las orillas del río Plutón, cuyas aguas acarrearán oro. No te aproximes a ninguno de ellos. Llegarás después a la tierra remota, habitada por un pueblo negro, establecido junto a las fuentes del Sol, a la tierra bañada por el río Etiope. Sigue tu camino por la orilla hasta que alcances la catarata, el punto donde el Nilo, junto a los montes Biblios, precipita de lo alto sus aguas santas y saludables. El te conducirá al país en forma de triángulo donde el Destino ha reservado a IO y a su descendencia la fundación de su lejana colonia. Si algo, en lo que te he dicho, te parece oscuro, si hay algo que no alcances a entender, pregunta, aclara todas tus dudas. Tengo, para contestarte, más tiempo del que desearía.

EL CORO:

-Si tienes aún para revelarle algún hecho nuevo, u olvidado, de su vida errante y vagabunda, dilo; mas si lo has dicho todo,

concédenos ahora a nosotras la merced que te pedimos. Sin duda debes acordarte que prometiste decírnoslo.

PROMETEO:

-Ha oído cuanto tenía que decirle sobre el término de su viaje; y para que sepa que no he pronunciado vanas profecías, quiero decirle ahora los sufrimientos por que ha pasado antes de llegar aquí, y atestiguaré con ello de la verdad de mis palabras. *(A IO.)* Pasaré en silencio muchas cosas, para ocuparme sólo de la parte más reciente de tus desdichas. Escapaste a las llanuras Molosas y a la escarpada cima de Dodona, sede de Zeus Tesprocio y de su oráculo, con sus encinas que, invencible prodigio, emiten voz, y allí, distintamente y sin enigmas, fuiste saludada por ellas como la futura gloriosa esposa de Zeus. No sé si en ello hallarás algo que lisonjee tu memoria. Desde allí, agujoneada por el tábano, te lanzaste siguiendo la costa hacia el golfo inmenso de Rea, desde donde la tempestad que te arrebató te trajo aquí en tu vagar sin rumbo. Sabe que en los tiempos venideros ese refugio marino se llamará Ionia, en memoria de tu paso por él. Esto te digo para que veas que mi espíritu penetra más lejos que mi mirada. *(Al CORO.)* Lo que me queda por decir lo diré a vosotras y a ella en común, tomando de nuevo el hilo de mi primer relato. En el límite de Egipto, a la misma boca del Nilo y en las arenas que acarrearán sus aguas, hay una ciudad llamada Canopo. En ella te volverá Zeus la razón, imponiéndote su mano apaciguadora, y sólo con su simple contacto. Darás allí a luz un niño, al negro Epafo, que llevará este nombre en recuerdo del modo como fue engendrado, y el cual cultivará toda la tierra que riega la ancha corriente del Nilo. Pasadas cinco generaciones, cincuenta vírgenes descendientes cuyas volverán a su pesar a Argos, huyendo de una unión monstruosa con sus primos. Pero ellos, arrebatados del deseo, como halcones en pos de palomas, llegarán a su vez a caza de unas bodas prohibidas. No obstante, los dioses las protegerán

y la tierra de los pelasgos servirá de sepulcro a sus perseguidores, abatidos por el Homicidio de rostro de mujer, cuya audacia acecha en la noche. Cada esposa arrancará la vida a su esposo y bañará en su sangre la espada de doble filo. ¡Tales amores conozcan mis enemigos! Sólo una conservará la vida a su esposo; llevada del deseo de ser madre, sentirá flaquear su mano, y, entre dos males, preferirá que la motejen de cobarde que no de sanguinaria. De ella nacerá en Argos una estirpe real. Pero decirlo todo con claridad requeriría un largo discurso. Sabe sólo que de ese tronco nacerá el héroe famoso por su arco que ha de librarme de mis males. Tal es el oráculo que me fue plenamente revelado por mi madre, Temis, hermana de los Titanes. El cómo y cuándo se realizará todo ello, exigiría mucho tiempo de explicarlo y tú nada ganarías con saberlo.

*(Un estremecimiento sacude a IO.)*

IO:

-¡Ah! ¡Ah! ¡Ay de mí! Otra vez se estremece mi alma; otra vez siento arder mi ser en un acceso de delirio. El agujón del tábano vuelve a clavarse en mí como un hierro candente. Mi corazón, invadido por el terror, se agita en mis entrañas y mis ojos giran convulsivos. Arrebatada por el soplo furioso de la ira, mi lengua ya no me obedece, y mis confusos pensamientos luchan en vano con las ondas crecientes de una calamidad terrible. *(Huye como enloquecida.)*

EL CORO:

-Sí, sabio fue, en verdad, el primero cuyo espíritu reflexionó y cuya lengua dijo que «la unión entre iguales» es, sin duda, el primero de los bienes, y que el simple artesano no ha de desear unirse con familias pagadas de sus riquezas o envanecidas de su linaje.

«¡Haga el Cielo que no me veais nunca, oh Parcas, ocupar el lugar de esposa en el lecho de Zeus! ¡Haga el Cielo que no conozca

nunca los abrazos de ninguno de los que habitan el Olimpo! Toda yo me estremezco cuando veo a IO, la virgen rebelde al amor, tan duramente atormentada, por los celos de Hera, con este doloroso y continuo vagar.

«¡En cuanto a mí, del que me ofrezca una boda igual, a mi medida, nada temo, pero líbreme el Cielo de que ninguno de los dioses poderosos ponga en mí su mirada, que no puede evitarse! ¡Dura es esta guerra, y su única esperanza es desesperar! No veo qué remedio podría hallar su desventura, de qué medios podría valerse para esquivar la voluntad de Zeus. *(Un largo silencio.)*

PROMETEO:

-Llegará un día, puedo jurarlo, en que Zeus, a pesar de su soberbia, se tornará humilde, pues las bodas que se dispone a celebrar habrán de derribarle de su poder y de su trono. Entonces se habrá cumplido la maldición con que le maldijo Cronos, su padre, el día en que fue derribado de su antiguo trono. Y el medio de evitar este daño, ningún dios fuera de mí puede revelarlo. Sólo yo lo sé y sé también el modo de conjurarlo. Con esto, que reine, pues, tranquilo, fiado en el fulgor de su trueno con que agita los aires; que arme su mano con el ardiente rayo. Nada le salvará de verse precipitado ignominiosamente en una intolerable caída. ¡Tan fuerte es el adversario que él mismo se prepara en este momento! Ser extraordinario, terrible en la lucha, inventor de un fuego más potente que el rayo, de un estampido capaz de ahogar el trueno, por quien el mismo azote marino que conmueve la Tierra, el tridente, arma de Poseidón, saltará en pedazos. El día en que se estrelle contra este infortunio sabrá lo que va de «reinar» a «servir».

EL CORO:

-En tu odio conviertes tus deseos en oráculo contra Zeus.

PROMETEO:

-Digo lo que será, aunque es también lo que deseo.

EL CORO:

-¿Hemos de esperar, pues, ver a Zeus sometido a otro dueño?

PROMETEO:

-Y llevando sobre sus hombros carga más pesada que está mía.

EL CORO:

-¿No temes proferir tales palabras?

PROMETEO:

-¿Qué puede temer aquel a quien le es dado no morir?

EL CORO:

-¿No temes que te envíe nuevas torturas?

PROMETEO:

-Puede hacerlo cuando le plazca. Lo espero todo.

EL CORO:

-Sabios son los que se inclinan ante Adrastea.

PROMETEO:

-Adora, implora, adula siempre al que manda. En cuanto a mí, nada se me da de Zeus y aun menos que nada. Que obre y reine a su gusto lo que dure esta corta tregua, que no tardará en dejar de ser el dueño de los dioses. Pero veo acercarse al mensajero de Zeus, al servidor del joven tirano. No hay duda que viene a anunciarnos cosas nuevas. *(HERMES, llevado por sus sandalias aladas, llega volando hasta PROMETEO.)*

HERMES:

-A ti, hábil embaucador, espíritu de hiel, ofensor de los dioses, que has librado a los efímeros sus privilegios, a ti, ladrón del fuego, me dirijo. Mi padre te ordena que hables, que declares cuáles son estas bodas que agitas como un espantajo y por quién debe ser él derribado del poder. Habla y hazlo sin enigmas; explícalo con todo detalle y no me obligues a volver, Prometeo. No es así como se aplaca a Zeus.

PROMETEO:

-¡Has hablado en verdad solemnemente y en un tono lleno de soberbia, como conviene a un lacayo de los dioses! Jóvenes sois y joven es el poder que ejercéis, y creéis habitar un castillo inaccesible al dolor. Sin embargo, yo he visto ya arrojar de él a dos monarcas. Al tercero, al que reina hoy, han de verlo también mis ojos derribado, con mayor violencia aún y con mayor ignominia. Ya puedes ver, pues, que no temo ni tiemblo de terror ante los nuevos dioses. Antes estoy muy lejos de ello. Ve, pues, apresúrate y desanda el camino que ha traído hasta aquí. Nada has de saber de lo que me preguntas.

HERMES:

-Estas arrogancias te han sumido en el abismo de este sufrimiento. No lo olvides.

PROMETEO:

-Por nada del mundo trocaría mi dolor por tu servilismo. ¡Mejor quiero verme sujeto a esta roca que ser dócil mensajero de Zeus, padre de los dioses! ¡Justo es que a la soberbia con la soberbia se conteste!

HERMES:

-Páreceme que te envaneces de la suerte que te has atraído.

PROMETEO:

-¡Envanecerme! Vea yo a mis enemigos envanecerse así, y a ti entre ellos.

HERMES:

-¿También a mí me culpas de tus desgracias?

PROMETEO:

-Si he de hablar con franqueza, te diré que odio a todos los dioses; los colmé de favores, y en pago me dan un tratamiento inicuo.

HERMES:

-Tu razón se extravía. Estás enfermo.

PROMETEO:

-Bendita enfermedad, si es enfermedad odiar a nuestros enemigos.

HERMES:

-Triunfante hubieses sido intolerable.

PROMETEO:

-¡Ay, ay de mí!

HERMES:

-He aquí una exclamación que Zeus desconoce.

PROMETEO:

-Nada hay que no enseñe el tiempo, a medida que envejecemos.

HERMES:

-Y, sin embargo, tú no has aprendido aún a ser prudente.

PROMETEO:

-Es verdad, pues, sin eso, ¿hubiese dirigido la palabra a un esclavo?

HERMES:

-A lo que veo, nada quieres decir de lo que el padre te pregunta.

PROMETEO:

-Mucho le debo, es cierto, y debería estarle reconocido.

HERMES:

-Te burlas de mí, como si fuera un niño.

PROMETEO:

-¿Y no eres acaso un niño, y más que un niño, esperando saber de mí lo que esperas? No hay sufrimiento ni ardid por los que pueda Zeus obligarme a declarar lo que desea, como no me haya librado antes de estas infames cadenas. ¡Caiga, pues, sobre mí el fuego devorador, que bajo la nieve de blancas alas al fragor del trueno subterráneo confunda a Zeus y trastorne a la Tierra. ¡Nada me hará ceder para revelar el nombre del que ha de derribarle de su trono!

HERMES:

-Considera si tu lenguaje puede favorecer tu causa.

PROMETEO:

-Considerado está todo, ya desde ha tiempo, y todo previsto.

HERMES:

-Resuélvete, oh insensato, resuélvete, en presencia de tus males, a hablar cuerdo siquiera una vez.

PROMETEO:

-Me fatigas y es vano tu esfuerzo; es como si hablases con el mar. No quieras pensar que aterrado por la sentencia de Zeus vaya a volverme de ánimo femenil, y que, semejante a una mujer, con las manos vueltas del revés, suplique a aquel a quien más aborrezco que me desligue de estas cadenas. Eso no lo verás.

HERMES:

-Demasiado he hablado ya, y continuar haciéndolo sería, bien lo veo, perder el tiempo vanamente. Ni un solo instante te han conmovido ni ablandado mis ruegos, antes mordiendo el freno, como un potro recién sujeto al yugo, resistes y te revuelves contra las riendas. Pero tu odio se nutre en una vana astucia. Nada puede la obstinación en el que no sabe razonar. Considera, pues, qué tempestad, qué triple ola de males se abatirá sobre ti, de manera inevitable, si mis razones no logran, convencerte. Primero, esta áspera roca hará saltar mi padre en pedazos, por medio de su trueno y del fuego abrasador de su rayo. Saltará también tu cuerpo, y, sepultado bajo los despojos, no tendrás otro lecho que el duro abrazo de las peñas; y antes que vuelvas a ver la luz habrán de pasar años y años. Pero entonces el perro alado de Zeus, el águila salvaje, como comensal que se presentó en el banquete sin ser invitado y permanece a la mesa todo el día, se cebará ferozmente en tu cuerpo y lo despedazará bajo sus garras, y se regalará con el negro manjar de tus hígados. Y de este tormento no esperes el fin, a menos que un dios se preste a substituirte en tus sufrimientos y se ofrezca a descender al Hade, cerrado a la luz, en las profundidades del negro Tártaro. Reflexiona, pues, lo que te conviene. No se trata de un vano espantajo, sino de palabras llenas de verdad, pues los labios Zeus no saben decir mentiras y todo cuanto anuncian se realiza sin falta. Mira a tu alrededor, reflexiona, y no pienses que la obstinación pueda ser mejor que la cordura.

EL CORO:

-No hay duda que Hermes habla un lenguaje razonable; pues te invita a que cedas en tu obstinación y reflexiones serenamente. Hazlo; obedécele. Obstinarsse en el error es vergonzoso para el sabio.

PROMETEO:

-Antes de llegar él sabía ya el mensaje que me traía. No existe afrenta en ser tratado como enemigo por un enemigo. ¡Ea, terminemos ya! ¡Que el rizo de fuego de doble punta de Zeus caiga sobre mí; que el éter sea sacudido por el trueno y el furor convulsivo de los vientos desatados; que su furia sacuda a la Tierra hasta sus raíces y la arranque de sus fundamentos; que las olas del mar, rugientes y agitadas, se lancen contra el Cielo e invadan los caminos de los astros; que me precipite, por último, en el tenebroso Tártaro, entre los torbellinos de la cruel Necesidad! Una cosa no podrá, sin embargo, y es quitarme la vida.

HERMES:

-Pensamientos son esos y razones dignas de un loco. ¿Qué síntoma de demencia falta, en efecto, a sus palabras? ¿Puede verse en ellos moderación? Pero a vosotras, que os compadecéis de sus desgracias, advierto: alejaos de estos lugares sin tardanza si no queréis que un súbito terror os sobrecoja ante el rugido implacable del trueno.

EL CORO:

-Háblame con otra voz, con palabras que sepan convencerme. En el torrente de tus amenazas has deslizado una palabra que me resulta intolerable. ¿Como? ¿Me incitas, pues a cometer una villanía? No, prefiero padecer con él. *(Se acerca a PROMETEO.)* He aprendido a odiar a los traidores y no hay nada que yo aborrezca tanto como ese vicio.

HERMES:

-Acordaos, sin embargo, de mis advertencias, no sea que, una vez recibido el daño, os lamentéis de vuestra suerte y pretendáis que Zeus os hirió con azote imprevisto. En tal caso, no os acuséis sino a vosotras mismas. No digáis que no os advertí; si por vuestra locura os encontráis prisioneras en la red sin salida de vuestra desgracia, no será porque no lo supierais. *(HERMES se va. Se oye un trueno subterráneo.)*

PROMETEO:

-A las palabras han seguido los hechos. La Tierra vacila, y el trueno ruge sordamente en sus profundidades; en zigzagues inflamados estallan los rayos en el aire y el furioso Cielo levanta el polvo en torbellinos. Los vientos todos se precipitan unos contra otros; se ha abierto entre ellos la contienda, y el aire y el mar se confunden. He aquí la fuerza desatada lanzada con toda certeza contra mí por la mano de Zeus, para infundirme espanto. ¡Oh majestad de mi madre!, ¡oh éter, que haces girar alrededor del mundo la luz que nos alumbr a todos, contemplad las iniquidades que he de padecer!

*(Resuena un trueno horrísono; las rocas saltan en pedazos y PROMETEO queda sepultado en ellas.)*

FIN